

TOROS Y AMORES

LA plaza de toros de la Calzada de la Infanta, en aquella tarde inolvidable, cuando el capitán general Polavieja, apareció en su palco de honor, estaba tan repleta, que no había ni un hueco para un remedio. Se trataba de un beneficio a favor de las sociedades vizcainas. Y cada navarro, alavés o guipuzcoano, hizo todas las diligencias imaginables para que en la corrida no faltase la mejor sociedad habanera.

No era solamente una corrida de toros en sí, lo más atractivo del espectáculo, sino la presencia del primer espada, don Luis Mazzantini, y su hermano don Tomás, los cuales iban a "echar el resto" a favor de sus paisanos. "Cuatro Dedos", el segundo espada, se luciría en el clásico arte de Cúchares, y el picador catalán Badilla, el más culto por su ilustración de los picadores españoles, realizaría sus acostumbradas proezas al caer de pie, o rodando como una piedra de trilla en la era, o bien saltando la barrera con sólo apoyar una mano en ella, sin tocarla con los pesados hierros que defendían su pierna.

Mi buen amigo Paco Lostal, ex jefe de artillería, cuya carrera perdió por un lance de amor, con su sombra andaluza, como buen almeriano, se hacía de unas entradas en la redacción de "La Lucha" y así pude presenciar cuantas corridas se daban en esta Habana, con tanta mujer encantadora, que realizaba el "espectáculo nacional".

En aquella tarde, placentera y animosa, no cabía ni un alma en todo el redondel cuajado de gente alegre. Mientras el cornetín de Raluy, maravillaba a los oyentes, con sus gorgoritos de tiple ligera, tan indispensable entonces en las corridas, a las cuales asistía la Banda del Apostadero, un amigo de Lostal nos brindó asiento en un palco que él había reservado para sí. Luego supe la causa de su retención: lo había comprado precisamente para estar al lado de un familiar, de una hermosa señorita cubana, que le había sorbido el seso a don Lorenzo, el ferretero de la calle de Mercaderes.

Por lo poco que observé durante la magnífica corrida, en donde Mazzantini electrizó a sus paisanos y a toda la concurren-

cia, deduje que "estaban verdes" por el despego notorio que la señorita Adela de "no sé cuántos", le había demostrado con insistente desafecto. Al salir de la corrida no pude silenciar mi impresión desagradable, y así se lo advertí a Paco Lostal:

—Amigo mío,—le dije,—los padres desearán el casorio de su adcrable hija, con su predilecto amigo ferretero, pero a juzgar por mis observaciones, la bella criolla no será jamás la esposa de don Lorenzo. ¡Esta pelea no va!

—En amores, como en política, lo que parece hoy un absurdo, mañana resultará una realidad. Deje usted que yo intervenga una migajita: ¡ya verá usted!

—A mí se me figura—le repuse—que la bella criolla y el rico vizcaino forman los antipodas de sus ambiciones ilusorias. Se casarán ¡cuando las ranas crien pelo!

En el curso de los días, quiso la suerte, o la desgracia, que un asunto de Hacienda, en donde estaba empleado mi amigo Lostal, tuviese que orillar, en justicia, con el padre de la chica que flechó al don Lorenzo de mi historia. Esto dió lugar a una relación amistosa, que al intimar en tan culta y amena inteligencia, el chistoso Paco Lostal supo derivar alguna entrevista, hacia el posible entendimiento entre el querer de su amigo y la bella Adela, encantadora mujer que constituía el legítimo orgullo de su padre, y la amorosa sugestión del ferretero.

A los pocos días, y con el desencanto mayor del mundo, hubo de llegarse a una triste resolución. El padre de la niña se hubiese considerado el hombre más feliz del mundo si lograrse alcanzar semejante yerno: sereno, reposado, trabajador, solvente, honradísimo y muy apegado a la familia y a su negocio.

—¡Qué más quisiera yo, señor Lostal! Pero la juventud está llena de poesía y delirios sin fundamento... ¡No puede ser!

—Entonces... ¿abandonaremos toda esperanza?

—¡Qué remedio queda! Las chicas sin experiencia sueñan con su tipo preferente; cutis de tercio-pelo, espalda ancha y recta, cuerpo esbelto y demás atractivos personales de la juventud, sin

calcular que la vida tiene sus exigencias y hay que ser prudente pensando en mañana... Los amores a contrapelo yo no los apoyaré nunca. Suelen proporcionar chascos terribles y lamentables consecuencias. Así se hizo "tablas" el juego diplomático del ex artillero Paco Lostal. Buscó una oportunidad juiciosa. Preparó al amigo, con la buena sombra de sus eternos dicharachos, y cuando creyó ya madura la ocasión propicia, le dijo así:

—Lorenzo: ¡tu pleito no puede prosperar! Te sobran unos cuantos años, que has perdido acumulando tu fortuna, y a la hermosa Adela también le sobran pajaritos en la cabeza. Es inútil seguir esperando... ¡No puede ser! Así me confesó su padre.

—¿De manera que te parece imposible? ¿Que debo renunciar a toda esperanza?

—Así se lo oí decir a ella: "¡Papá con el mayor respeto para ti, y para don Lorenzo, te ruego no insistir más. ¡Es una utopía! ¡Es un imposible! Yo no me casaré nunca, ¡nunca! con el señor Lorenzo que, por otra parte, me parece una bellísima persona.

—¡Y tantos planes como yo me había forjado!... ¡Qué profunda decepción!

—¿Sabes lo más acertado que yo haría, en tu lugar?

—¡Qué sé yo! ¡Bueno! ¿Qué haría usted? Veamos...

—Pues me daba una vuelta por las tierras de Vizcaya. Me pasaría un verano mirando las bellezas en la Concha de San Sebastián. ¿Quién sabe, si en el descanso y en la distracción, se presenta el momento apetecido? Todo hombre o mujer, tienen escrito el decreto de su destino. Ya lo dice el refrán: "Casamiento y mortaja del cielo baja".

Las cartas que Lostal recibía, de su excursionista, reflejaban cierto estado melancólico. No se desarraigaba de su mente enamorada el poder fascinador de su adorada Adela. Soñaba con ella. No se atrevía a confesarlo; pero le delataban sus ansias persistente del amor. Algunas comparaciones con sus paisanos, a través de sus cartas, confidenciales, acusaban una fijeza en su mente coaccionada por el corazón.

"Si, señor, amigo Paco,—le escribía.—Las mozas de aquí son una preciosidad bajo todos conceptos; pero ¿como Adela?... yo no he sabido hallar otra mujer que sature mi alma".

Andando el tiempo, claro está, todas las ausencias se oxidan y causan el olvido. Y mucho más, cuando los asuntos económicos de Cuba habían tomado el cariz alarmante de una bancarrota. La crisis del azúcar, producida en los dos años de estar ausente de La Habana el ferretero de Mercaderes, trocaron los estados florecientes en preocupaciones trascendentales. Como el azúcar rige los demás destinos de la isla de Cuba, también la ferretería de don Lorenzo hubo de reclamar la vuelta del amo responsable del negocio.

Don Lorenzo tuvo que regresar a La Habana. Paco esperó en el muelle de San José a su consecuente amigo. En dos palabras le puso al corriente de los asuntos materiales y espirituales que le afectaban. Supo la ruina del padre de Adela que ni sabía por dónde andaba, ni con quién se había casado. Como Paco perdió de vista a toda su familia, entendía por susurros oídos sin querer que la gente se había ausentado a Jacksonville, para no descubrir su estado lleno de privaciones.

—Y aquel novio tan esbelto que Adela tanto alababa ¿qué fué de él?

—Pues quedó varado en Francia. Le pidió permiso a su padre antes de casarse, para despedirse de la soltería con un viaje a París. Como su padre se suicidó en Matanzas, la verdad es que no supe una palabra más de esta familia, ayer tan opulenta. Puesta ya en buena marcha normal la ferretería de don Lorenzo, éste empezó a salir de casa por las noches. Juntábase en el Parque Central, entre un corro de amigos de los alrededores de la Plaza Vieja.

“Venga gente y caiga gente.
Mano larga y lengua lista;
allí se pasó revista
a todo bicho viviente”.

Una noche, aburrido por tanta y tanta chismografía, don Lorenzo se levantó automáticamente, sin atinar, a ciencia cierta, lo que le ocurría. Subió por la calle de San Rafael. Entró en el Néctar Soda, hace poco desaparecido, como el último establecimiento colonial.

Hastiado de sus amistades, no quiso retornar al punto de cita, ajuntador de los amigos que vivían en La Habana.

Distraidamente tomó por una calle de cruce por San Rafael, con la intención de pasar el parque cuando la retreta hubiese terminado. Iba automáticamente entregado a la indiferencia. Pero la casualidad, que tiene nombre de mujer, hizo una de las suyas.

Cuando Lorenzo se creía vivir por entre un barrio desconocido, oyó con inesperada sorpresa, detrás de una reja, en donde estaba sentada una mujer, tomando el fresco sin duda, esta rara observación:

—¿Qué se le ha perdido por este barrio, don Lorenzo?

—¿Quién es? ¡Caramba! ¿Adela? ¿Tú vives aquí?

—Aquí vivo con mi madre, sí, señor. Los reveses nos han reducido a este extremo. ¡Cómo han cambiado las cosas! Yo supe de su llegada. Por supuesto ¿vendría con una vizcaina, lindísima, como la Virgen de Begonia, no?

—Sí que vine con una visión pegada en mi alma, hermosa y bien amada; pero aun estoy soltero. Aún no te he podido olvidar. Te creí casada y en el Norte.

—¿Qué casada, ni qué Norte! El viento sur me dejó soltera. Así lo quiso Dios.

—Pues ¡me alegro mucho, Adela!

—¡Hombre, gracias; no lo creía tan malo!

—¡Tan bueno, querrás decir! ¿Quieres casarte conmigo? ¡Mañana vendré por la respuesta! Piénsalo bien.

*

Un mes escaso había transcurrido, cuando en el “Diario de la Marina”, Fontanills daba la noticia del matrimonio de la esbelta Adela y el afortunado Lorenzo. Un sábado, a las cuatro de la mañana, se casaron en la iglesia de Aguilar y Obrapia aquel ferretero entrado en años, y la bellissima criolla que conocí en la corrida de toros de la Calzada de la Infanta en los años ochentistas.

Fué una pareja afortunada, feliz. Dios les concedió cuatro varones, que son hoy unas autoridades universitarias.

Por cuanto antecede se deduce que nadie puede decir: “De esta agua, no beberé”.

Lorenzo
12/36
Nº 2

